

Coleccionistas de arte

■ Nada parece más inofensivo que ser un coleccionista. Es un hobby que todos hemos practicado en alguna ocasión. Desde ceniceros robados hasta cajas de fósforos; desde servilletas de papel a latas de cerveza.

Pero hay veces que la colección, de placer personal se convierte en ventaja económica. Es entonces cuando termina la afición y empieza la ambición.

De niño, como tantos otros, coleccioné estampillas. Los sellos me llevaban a extraños y lejanos países, me familiarizaban con sus héroes cuya efigie generalmente mostraban. Era muy instructivo, en verdad. Pero un día descubrí que, además de instrucción, podía obtener un dinero extra para suplementar mi escuálida mesada. Y así terminó mi colección, desperdigada entre mis amigos y vecinos, vendida a vil precio.

Con los coleccionistas de arte sucede algo semejante. Generalmente empiezan inocentemente comprando un cuadro para ornamentar su hogar. Su elección está hecha de acuerdo al gusto personal, a la comunicación que el comprador del cuadro siente que se establece con la sensibilidad del artista pintor. Pero cuando advierten que ese cuadro tiene un valor en el mercado, su próxima adquisición está teñida por factores diferentes. Ya no se pregunta tanto cuán hermosa es la pintura, sino cuánto vale. Y terminará formando su colección de cuadros.

Un coleccionista de arte jamás confesará que su interés sea otro que el artístico. Justificará la acumulación de pinturas como un modo de dar satisfacción a su sentido estético, pero la selección de las piezas que forman su colección terminará denunciando su predominante interés económico. Jamás veremos en ella un cuadro de calidad plástica firmado por un pintor joven y desconocido; tampoco veremos en la casa del coleccionista de arte muestras de arte popular, bello, pero sin estimación en dinero. El coleccionista de arte es, en definitiva, un inversionista; un jugador de la bolsa de reputación artística e; indirectamente, un estimulador de la creación de ciertas formas y estilos en la plástica.

Ellos constituyen los compradores de arte y es lógico que su influencia pese en la creación artística. Así, tenemos la impresión de que cada vez con mayor intensidad el gusto artístico se ha ido formando según las fluctuaciones del mercado de arte. ¿Podrá abstraerse el pintor que ha entrado en el circuito de los coleccionistas de arte, al iniciar una nueva obra, de pensar en el precio que por ella podrá obtener? ¿Tendrá la libertad de dar riendas sueltas a su creatividad plástica, si toma conciencia que al sustraerse al estilo y la modalidad que lo hicieron entrar al mercado puede bajar su cotización en él?

Lo cierto es que cada día es más corriente observar que la apreciación de una obra plástica se haga, más que por sus valores propios, por el valor económico que ella representa. El dueño de casa que muestra uno de sus cuadros diciendo orgulloso: "Es un Juan Francisco González original", no está alardeando de su refinamiento estético, sino del dinero que tiene invertido en el cuadro.

Recientemente, en un remate en los Estados Unidos, un cuadro de uno de los más importantes artistas del siglo XIX alcanzó la suma récord de un millón de dólares. Bastó este hecho para que la pintura fuera conocida, en reproducción, por millares de norteamericanos que jamás habían reparado mayormente en ella. El razonamiento —que es lógico— es que algo por lo que se paga un millón de dólares es superlativamente bueno. Pero la pregunta es: si el arte es una forma de comunicación que se produce entre el artista y su público, ¿puede existir una medición de la calidad de una obra de arte como para que tenga un precio fijo en un mercado? ¿No están los coleccionistas "cosificando" el arte?

Con todo, el coleccionista de arte constituye el principal poder comprador para los pintores. Gracias a ellos, la actividad plástica ha dejado el estrato bohemio para incorporarse al mundo de la oferta y la demanda.

Algunos pueden pensar que, así, el arte sale perdiendo. Pero los artistas —o sus herederos— salen ganando.

PARTIQUINO